

alguno. Nadie es capaz de crear. Al hombre, a lo sumo, se le ha concedido combinar, combinaciones que sólo puede realizar con aquéllo que le fue concedido sin contar con su voluntad. La negación del mundo, que apenas resiste la más leve mutación, es imposible. Como dice Laín: «El soñador, en suma, edifica sus sueños *transmutando* los elementos del mundo real en esencias y conceptos, figuras o sentimientos». Y así transcurrieron las vidas de aquellas almas egregias «transmutando» los elementos que conformaban la patria en ruinas en otros capaces de devolverla al esplendor de un pretérito glorioso. El ensueño fue su gran arma y su única alternativa.

Pero veamos cuál fue el contenido de su sueño. Como siempre salir de la realidad para que se cumpla el deseo. ¿Y cómo era «su» realidad? Dice Azorín: «En realidad la vida no es más que la representación que tenemos de ella». Ha leído a Schopenhauer y sus teorías constituyen —a este respecto— el nexo de unión con sus compañeros. Y aunque quizás con esto sólo descubra el Mediterráneo me siento obligado a decir que «el mundo como voluntad y representación» tuvo un papel decisivo en el por qué y el cómo de los sueños y ensueños de aquel grupo de escritores. Si el mundo es en realidad la representación que de él tenemos, representémoslo como queremos que sea, y no como es, pues éste, junto a la circunstancia que nos ha tocado vivir, no nos es grato. La predisposición al ensueño es clara. No creo que haya otro modo que el de soñar para cambiar «ipso facto» la realidad que nos circunda. Y los del 98, conscientes de ello, se entregan a soñar, despiertos, su sueño. Pero, ¿qué clase de sueño es éste? Contesta Laín, «no son los suyos ensueños etéreos y vagos, como los del romanticismo nórdico, sino corpóreos y reciamente estructurados». ³⁵ Veámoslo.

La tierra

Es el primero y obviamente de gran importancia. Como ya hemos visto, se nos da una nueva lectura del paisaje. «Su hastío de la Historia les lleva a buscar en la naturaleza el apoyo de su existencia.» Y Unamuno dirá: «es sumergirse en el paisaje lo que nos hace recobrar la fe en un dichoso porvenir de España». La visión machadiana de la tierra será una transfiguración lírica, soñadora de la realidad objetiva. Machado, que a mi entender en este capítulo le arrebató el liderazgo a Unamuno, es sin duda el más soñador de todos. En Machado hasta las cosas sueñan. De todos modos, la tierra que nos ofrece el 98, casi en su integridad, es una tierra soñada, un paisaje engendrado por el deseo, que sólo interpretándolo como parte de ensueño adquiere su verdadero significado. No insistiremos en este concepto porque ya lo hicimos antes cuando hablamos del paisaje.

El hombre soñado

El hombre es el segundo estamento real que compone la imagen de España. ¿Cómo ven al español coetáneo los del 98? Dice Laín: «El espejo en que tan variada realidad se ordena y tipifica es a veces la crítica, la invención literaria otras». Los dos procesos les llevan a la misma meta, «la descripción de la peculiaridad que distingue a los restantes tipos humanos del español real». ³⁶ ¿Pero es al español real a quien prestan su aten-

³⁵ *Ibíd.*, p. 349.

³⁶ *Ibíd.*, p. 372.

ción los noventayochistas? Después de leer el apartado decidí titularlo «El hombre soñado», porque creo que queda así definido. El mismo autor me dio la idea cuando al hablar del español real dice: «No es éste, sin embargo, el que habita la España soñada por los literatos del 98. Es el habitador de esa España un español ideal, cuyas notas distintivas están obtenidas por la lixiviación onírica —si se me permite hablar así— de las que todos ellos ha observado en el español real. Han lixiviado al español real, al tipo descrito como español real, con las aguas lustrales del ensueño; han separado así el oro de la escoria, y con el oro restante cincelan la maravillosa figura de un español posible y soñado».³⁷ Es decir, han visto y conformado al hombre español con una mirada preñada de ideas personales que les habían llevado hasta soñarlo, y la figura trazada no es la del español real sino la del ideal y soñado. Pero como en realidad este hombre ideal no existe —«Hominem non habeo» hubieran podido repetir los del 98— hay que buscar un modelo a seguir en el pasado que sea capaz de sobrehumanizar al español actual y un hombre que no fuera, como Cristo, también Dios. Sólo quedaba un «capestader» (catalán por jefe, caudillo, héroe, portavoz de una idea) hacia donde volver la vista, el héroe español por excelencia, el mito que constituye la esencia del alma ibérica; Don Quijote de la Mancha, nuestro Ulises, *Hijo de España*, como Cristo había sido *Hijo del Hombre*. Ahí estaba la redención de la patria, que sólo así podía cumplirse. España había encontrado un redentor. Alonso Quijano el Bueno fue el arquetipo sobre el que iba a configurarse el español deseado. Alta era la cima, pero necesaria e inevitable, pues el Caballero reúne todas las condiciones exigidas; además es bueno es emprendedor y no abúlico, esperanzado y no abatido, noble y no mezquino, patriota y no «patriotero», libre —en contraste con el esclavo en que se había convertido el español finisecular desde el famoso «Vivan las caenas»—, lleno de ideales, su espada hiende los cielos de la Castilla más ancha en defensa de los que «padecen hambre y sed de justicia», apenas sonrío y jamás se acuerda (al contrario del típico español decimonónico) del Pan y de los Toros. Como no tiene vanidad, no es pesimista como lo fueron sus compatriotas del desastre, sino que teniendo plena consciencia de que le acompaña el deseo del bien, sabe que tarde o temprano ganará la batalla emprendida para enderezar los entuertos de los hombres, para combatir con las máquinas que, con asombrosa clarividencia, vio que eran gigantes que un día se rebelarían contra sus inventores. Además, amaba a Dulcinea, y su amor era inmarcesible. Es la quijotización del hombre español. Laín abunda en la idea al decir hablando del problema: «Los hombres, refiriéndose a los España, a los que buena falta les hacía la locura, siempre al bien dirigida, del último caballero andante».

El pasado

Al hablar del tercer estamento, éste ya real, dice Laín: «¿Será meramente estética la causa de tal dilección? ¿No habrá junto a la razón estética, debajo de ella, tal vez una razón histórica y española?»³⁸ Según el historiador, los del 98, al enfrentarse con

³⁷ *Ibidem*, p. 372.

³⁸ *Ibidem*, p. 398.

la situación histórica de España, se encuentran con una nación dividida entre los que se llaman tradicionalistas y los que forman el partido progresista. Los primeros por encasillados no les sirven, y los segundos por miméticos de Francia e Inglaterra tampoco. Es entonces cuando inventan un nuevo partido, yo diría una nueva forma de pensar, *el tradicionalismo primitivo o medieval*, soñando con una España originaria y pura «en el que apoyan la ineludible necesidad del pasado que tiene el hombre. Este manantial de la historia de España sólo puede brotar de Castilla, “esa Castilla virginal y auténtica” donde se encuentra “la sencillez y espontaneidad de los primitivos”». «El mito de Don Quijote y el de Castilla son en efecto, los dos grandes recursos de energía espiritual que nos han legado a los españoles los soñadores del 98». ³⁹ Basándose en esta visión histórica, los hombres de aquella generación trabajan y luchan por un futuro mejor.

El futuro

En tres conceptos basa Laín Entralgo su meditación sobre la idea que del futuro tiene el 98: el proyecto, el ensueño y la esperanza religiosa. «El proyecto» es una esperanza terrenal próximamente posible. El ensueño es una esperanza terrenal muy remotamente probable, imposible casi, esto es, utópica. «La esperanza religiosa» consiste en situar lo que se espera —la propia felicidad, en último extremo— en una zona de la realidad rigurosamente transhistórica, escatológica, en la cual se cree. ⁴⁰ Los noventayochistas llegan al «proyecto a través del ensueño con el que logran evadirse del presente». Estos ensueños, siempre según Laín, son semiutópicos y semi-crónicos (un poco fuera de la realidad y el tiempo). Por ejemplo, Unamuno vive en un futuro entre histórico y escatológico, más que en un presente real. Dentro de su existencia cotidiana alienta siempre «un espíritu encendido y lírico cuyo mundo era el de todos los poetas cuando lo son de veras: la humanidad permanente y el futuro», ⁴¹ es decir, lo que el hombre es y lo que quiere llegar a ser, «Sube, sube, pues, para que te broten alas, porque deseando volar te brotarán» dice en el ensayo «¡Adentro!» Y es que Unamuno contaba siempre con llegar a la «sobrevida». También soñaba con llegar a la libertad y su futuro se conformaba con la idea de que «cada cual se desarrolle como “él es”» y con la inquietud por cambiar «el cambio provechoso», el chapuzarse en el propio pueblo; «la intrahistoria», la colaboración; «los hombres y los pueblos se redimen unos por otros», no hay posibilidad de autoredención. De todo esto arranca el futuro de España que hemos de crear con el recuerdo y la esperanza. El resumen lo entresaca Laín del libro esencial para el estudio del tema, *En torno al casticismo*, en donde se nos da el protagonista, el método y la meta. Después, Unamuno, como un crustáceo, se encerrará en sí mismo y en sus ideas y pedirá que dejen dormir a Sancho su sueño lento, oscuro y monótono, «y que no lo sacrifiquen al progreso, por Dios que no lo sacrifiquen al progreso», equivalente al tan criticado, «Qué inventen ellos», llevando las cosas a un extremo del cual se arrepentiría don Miguel para adoptar más tarde

³⁹ *Ibíd.*, p. 409.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 410.

⁴¹ *Ibíd.*, p. 411.

una postura ecléctica: Europeizarnos pero «haciéndoles tragar lo nuestro, lo genuinamente nuestro, a cambio de lo suyo». Y tenía razón. No se puede perder la personalidad a cambio de un futuro brillante, aunque tampoco es preciso imponer esta personalidad a nadie. Creo que por este procedimiento, España ha ido adquiriendo más importancia cada día en el concierto europeo y la esperanza sigue viva hoy. Diremos con Unamuno que «la esperanza, como la fe, crea su objeto». Al igual que el gran ensayista, también sus compañeros de generación han soñado el porvenir de España. «El hombre es un animal de ciencia y de orden», dirá Azorín. El futuro ha de basarse en estas dos virtudes. Y hablando de la Historia de España: «Lo inacabado tiene un profundo encanto. Esta fuerza rota, este impulso interrumpido, este vuelo detenido ¿qué hubiera podido ser y dónde hubiera podido llegar?» Que tome el lector el hilo donde lo dejaron aquellos hombres de los siglos dorados y continúen el magnífico tapiz, cuyo tejido, circunstancias adversas interrumpieron.

Recoge Laín las opiniones referentes al tema del resto de los escritores del 98, y al llegar a Machado, el análisis se torna más profundo y detenido. En Machado el tema de Castilla-España es omnipresente. Tres textos aduce Laín como tema de su preocupación por España y su futuro. El primero reza así:

Salud, paz española,
si no eres paz cobarde, sino desdén y orgullo.
Si eres desdén y orgullo, valor de ti, si bruñes
en esa paz, valiente, la enmohecida espada,
para tenerla limpia, sin tacha, cuando empuñes
el arma de tu vieja panoplia arrinconada;
si pulas y acicalas tus hierros para, un día,
vestir de luz y erguida: «Heme aquí, pues, España,
en alma y cuerpo, toda, para una guerra mía,
heme aquí, pues, vestida para la propia hazaña»,
decir...

Comenta nuestro autor, «quiere Machado que sea (España) la sal de la humanidad, la conciencia limpia en que los hombres se sonrojen de sus odios y concupiscencias:

vergüenza humana de esos rencores cabezudos
con que se matan miles de avaros mercaderes P. C., pág. 239.

En el segundo «la quiere medita-bunda, Marta y María de la Historia Universal». Yo añadiría que joven, activa, valiente, enraizada en el pasado, castiza en su raza, pensante y decidida.

Mas otra España nace,
la España del cincel y de la maza,
con esa eterna juventud que se hace
del pasado macizo de la raza.
Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.

Y finalmente también libre, universal, al concierto europeo incorporada después de haber acabado con la inquisición que el segundo de los Austrias desde el Escorial impusiera: